



BOLETÍN DE ÉTICA

I CRISIS MORAL

Ciencia Tomista 3 (1911) pp. 80-85

Domingo Gafo, O.P.

No somos nosotros, los católicos, los únicos que lamentamos con acentos de sermón eso que ha dado en llamarse *crisis de la moral*, y que, a nuestro juicio, mejor se llamaría *crisis de la moralidad*. Del campo enemigo y de aquellos mismos que con sus libros y su fiebre de inyección han contribuido tal vez con mayor eficacia, a provocar o agravar esa crisis nos vienen quejas no menos lastimeras, que conviene recoger por venir de donde vienen y significar algo así como preludios de arrepentimiento y conversión.

Uno de estos escritores, entre los muchos que pudiéramos citar (por ejemplo, *Augusto Comte*, que al tratar (de justificar la necesidad y la oportunidad de la nueva *Sociología* en el tomo IV de su *Cours de philosophie positive* (1830-42) no aduce otras razones que la profunda confusión que reinaba en las costumbres, en las instituciones y en las ideas morales) uno de estos escritores, digo, *Alfredo Fouille*, escribía en 1884 en su libro *Critique des Systèmes de Morale contemporains*, unas palabras célebres que no han perdido desgraciadamente la actualidad. “Se han escrito –dice– en otro tiempo páginas conmovedoras para mostrar cómo fenecen los dogmas religiosos; hoy se podrán escribir otras más conmovedoras aún sobre otra cuestión mucho más sutil: Cómo fenecen los dogmas morales”¹.

Claro es que estas palabras de *Fouillée* no pueden aceptarse en redondo porque encierran en su fondo un doble y funestísimo error, cual el de suponer que la religión y la moral son dos formas o manifestaciones del espíritu que pueden desaparecer. Pero, miradas por alto y como un hecho, merecen atención, porque son un síntoma revelador de la confusión y anarquía reinantes en el campo de la literatura ética. Al fin, no había de ser ella una excepción entre todas las demás ciencias y disciplinas entregadas al libre examen, no ya de profesionales consagrados al estudio

¹ Alcán, cinquème Edith. , 1907. Préface. Sobre la misma cuestión, vid. Scherer: *Crise de la morale*, 1884; P. Burbau: *La crise morale des temps nouveaux*, 1907.



por verdadera y santa vocación, sino a una turba desenfrenada de industriales y mercaderes de libros o de simples deportistas que piensan o escriben por divertirse y divertir, complaciéndose en fabricar ideas y sembrarlas para ver cómo germinan venenosas y mortíferas en los cerebros y en los corazones; que también hay enfermedades y manías de pensar, así como las hay de no pensar o pensar siempre lo mismo, y también se prostituyen las inteligencias, así como se prostituyen o se venden los corazones y los sentimientos.

Porque, a decir verdad, no aparece la Ética como esas otras ciencias físicas o experimentales que, a pesar de las discusiones más o menos ruidosas de los sabios, se van formando lenta y silenciosamente, como por virtud interior y misteriosa, reuniendo de aquí y de allá los datos, los hechos y las leyes que cien y cien obreros de la inteligencia van descubriendo con la evidencia abrumadora de lo tangible, hasta sorprendernos un día un cuerpo completo de doctrina y aplicaciones que resisten toda crítica.

En las ciencias morales (y no digamos nada en las políticas) nada quieren ver sólidamente cimentado; todo se niega o se critica y tritura hasta reducirlo a polvo que se pierde y desvanece entre las manos. Al dirigir una mirada de conjunto a las obras recientes más famosas de Ética diríase que esta ciencia semeja a las obras de arte, aun las maestras, al lado de las grandiosas creaciones vivas de la naturaleza. Estas, siempre viejas y siempre nuevas, renovándose sin perecer; aquéllas revoluciones, a los cambios de gusto y de sistemas estéticos, a las vicisitudes de la historia, a las exigencias variables de las costumbres. Y si, como ciencia de la vida, quisiéramos comparar la Ética con las obras vivas de la naturaleza, diríamos que se parece a esas vastas extensiones de terreno, un día selvas vírgenes, pletóricas de vida, entregadas a la voluntad de los primeros colonizadores que, en su afán de apoderarse de aquellas fuentes de vida, de aquellos veneros de riqueza, talan y destruyen en confuso desorden, hasta arrancar la última planta y descubrir la tierra desnuda.

Así nosotros, amigo lector, como hemos visto caer en las grandes ciudades venerables monumentos de la sabia antigüedad, veremos derrumbarse en la conciencia de inteligencias poderosas sistemas y teorías venerandos, esfumarse principios y leyes morales que teníamos, no sólo por eternos en sí y definitivamente adquiridos, sino por indiscutibles postulados de toda acción honesta, incluso la de discutir; y temeremos por un momento hallarnos en una triste soledad, en un desierto de arena movediza sobre la que resbalan nuestros pies y en donde nuestra vista cansada no encuentra un ser viviente que alegre el paisaje.

Pero no hay por qué descorazonarse, dejarse caer en brazos de un pesimismo estéril y funesto, casi tan estéril y funesto como el cándido optimismo que todo lo ve de color de rosas.

Nada tan ineficaz como esos lamentos jeremíacos ante supuestos cataclismos sociales o religiosos; nada tan triste como esos entusiasmos locos por no sé qué renovamientos momentáneos y radicales. Las grandes manifestaciones y corrientes de la vida siguen su curso imperturbable, a pesar de todas las alteraciones y ruidos de la superficie; los eternos principios de moral siguen prestando su influencia bienhechora a los mismos que los combaten.

Porque se equivocaría muy mucho (y aquí está el error de *Fouillée*) el que viendo



desmoronarse y desaparecer esos sistemas éticos, siendo implantados por otros nuevos, mejores o peores, creyera por esto que *la moral* está en crisis, o que *los dogmas morales fenecen*. Sería lo mismo que creer que desaparecería por completo la vida vegetativa de la selva porque una vez la despojan de su vegetación espontánea, o que la humanidad desaparece porque todos los días se mueren miles de hombres.

Hay una Ética permanente, vital, inmovible e independiente de toda ciencia. Es la misma vida deslizándose suavemente por el cauce de la ley natural, inmanente al hombre, bajo la dirección de la Providencia y de esa razón elemental y primera que centellea en todo hombre que viene a este mundo. Su trata cabalmente de un fenómeno privativo de la Ética. Los sistemas que pretenden crearla o abarcarla no vienen a ser otra cosa que andamios; obras artificiales que se arriman a un edificio, el cual, en gran parte, se construye por sí mismo, por exigencias de la misma vida, que no se halla toda en la inteligencia.

Porque no es la Ética como la Filosofía especulativa, por ejemplo, ni como la Física, la Mecánica, la Técnica agrícola y otras ciencias o artes por el estilo. De éstas podemos prescindir, sin ellas es posible la vida social; sin moral, no. La inmoralidad es absolutamente enemiga de la vida social; por eso, afortunadamente, ni existió ni existirá una sociedad totalmente inmoral. Se concibe un individuo inmoral o totalmente inmoral; pero no se concibe, ni es más posible una sociedad, un agregado de hombres, que se relacionen de algún modo, sin observar las leyes más fundamentales de la Ética y el derecho: la disolución y la muerte serían su consecuencia y su sanción inevitables. No solamente es cierto que la moral *debe ser* el fundamento del orden social, sino que *de hecho* lo es de un modo necesario.

Y puestos los cimientos de ese edificio vivo que se llama sociedad, con la observancia necesaria de las leyes esenciales de la convivencia humana, la lógica natural de las ideas, y, sobre todo, la lógica de los hechos y de las necesidades se encarga de ir elevando y extendiendo el nivel de la moralidad a una altura en la que, a pesar de todas las vicisitudes de la historia y de las transformaciones de los pueblos, se notan pocas regresiones en la que pudiéramos llamar marcha de la conciencia popular.

¿Qué sería de nosotros si la moral dependiese esencialmente de la ciencia o de cualquier otro principio extrínseco cuando la una o el otro llegue a faltarnos? Si las leyes éticas derivasen de la ciencia, tal como se entiende, de sus hipótesis o teorías ¿cómo sería posible la vida social más rudimentaria en las épocas de salvajismo o de barbarie, en los períodos tan frecuentes de decadencia literaria o científica en las naciones civilizadas, o en la convivencia con religiones falsas y francamente moralizadoras?

Esta moral y esta moralidad vivientes apenas tienen historia; no se dan en ellas ni el progreso ni la decadencia, a no ser en aquel sentido en que cambian y evolucionan todas las cosas. Con ciencia o sin ella, con religiones monoteístas o politeístas, esa moral sublime del *Decálogo*, que se formuló y promulgó en las alturas del Sinaí, continúa y continuará siendo el código fundamental de todos los pueblos, a pesar de las disputas de los hombres y de las argucias de los filósofos. Bajo el amparo de la religión verdadera es indudable que la moral produce frutos más



seguros y copiosos; pero, afortunadamente, no sé si por una feliz inconsecuencia o por seguir el impulso de otra lógica superior y recóndita, los mismos que combaten los dogmas de nuestra sacrosanta religión y la persiguen con saña en sus instituciones, vienen luego a expresar sus fórmulas éticas, sus nuevas leyes de vida, en términos que coinciden con las nuestras.

Hallamos, no si cierta sorpresa, que la personalidad moral de *Jesucristo* es hoy adorada y ensalzada con un entusiasmo tan vivo, tan intenso y razonado, por los mismos que no toleran su *divinidad*, que se nos hace doblemente repugnante y antipático aquel vulgar y grosero espíritu anticristiano de los enciclopedistas, y podemos felicitarnos del siglo en que un obrero alemán, haciéndose eco de su clase, de una clase en que germinaron tantos odios antirreligiosos, de donde partieron tantas revoluciones tan infructuosas como sangrientas, exclamaba como invocando e inaugurando una nueva edad: ‘Habíamos creído hasta aquí –dice- que Cristo era una invención de los sacerdotes; pero hoy reconocemos que fue un hombre casi como nosotros, un obrero pobre que amaba al pobre., y hoy, que hemos comprendido esto, *le reconocemos como nuestro amigo y nuestro precursor*².

Esto no es todo lo que tenemos derecho a esperar, aun tratándose de enemigos, pero es algo, y algo que piensan muchos más de lo que se cree, a juzgar por sus negaciones dogmáticas, por sus odios políticos, de los cuales es fácil que no estemos exentos de responsabilidad, cuando no damos los primeros ejemplos de bondad, de mansedumbre y generosidad evangélicas. El mismo *Nietzsche*, ese genio loco que se atrevió en nuestros días, en medio de este cálido ambiente de solidaridad y fraternidad, a combatir la moral cristiana, condenando sus virtudes más hermosas y humanitarias, la *piEDAD* y la *caridad*, lo hace en cierto modo en nombre de la fuerte y vigorosa personalidad moral de Jesús, que desafía y espera la muerte con *piEDAD* por sostener su ideal de vida, por vivirlo intensamente, por divulgarlo y crear adoradores. Ante este gesto soberano de *Super-homo* (perdónenos la irreverencia) *Nietzsche* disculpa las faltas y debilidades del Redentor, consistentes en aquel amor y compasión que experimentaba por la turba de cojos, enfermos, lisiados y niños de que gustaba siempre verse rodeado, consolándose con la esperanza de que si Jesús no hubiese muerto tan pronto hubiese retractado sus errores cambiando de conducta³.

Esto sería ridículo si no fuera blasfemo; pero es también algo que explica ciertos misterios de la vida, ciertas contradicciones y paradojas que sacan de quicio a los que tropiezan por el mundo con personas que reniegan del Dios transcendente y personal de la Teología católica y adoran a *Jesucristo*, siquiera como hombre, o al dios inmanente del *deber*, del *imperialismo categórico*, del *ideal estético* o moral; que persiguen a la Iglesia y se entusiasman con San Francisco de Asís; que aborrecen a los religiosos y besan con respeto al manto de la Hermana de la Caridad. O ese otro fenómeno, no menos sorprendente para algunos, de ser reunidos en *Congresos internacionales* para la represión de la trata de blancas, para la lucha antialcohólica, para la paz universal, para la organización de la beneficencia, para regular la emigración, para la abolición del duelo de nuestras costumbres y cien otros problemas de ética y moral, Gobiernos indiferentes o

² J. Garriguet: *El valor social del Evangelio*, pág. 21. Calleja.

³ Fouillée: *Nietzsche et l'immoralisme*, Alcán, 1902; pág. 182.



sectarios, individuos de todas escuelas y creencias.

Y para ver hasta qué punto andan muchas divorciadas, obedeciendo a motivos diversos, las ideas y la conducta, bastaría observar la de aquellos que, guiados por las primeras, niegan la distinción entre el bien y el mal, entre el vicio y la virtud, afirmando que el deber y la obligación son ilusiones de la conciencia y que la moral es una invención, y notaremos con agrado que algunas veces (por lo menos) sus acciones, sus sentimientos, sus palabras y su gesto en el trato diario no están en muy estrecha armonía con tales ideas. Como que, a juzgar por la conducta, no sería fácil, creo yo, arrancar con las creencias o con el sistema filosófico-moral de cada uno de los individuos de un grupo social de un pueblo o de una nación.

No quiere esto decir que no haya obras inmorales y desmoralizadoras en sumo grado que avergüenzan y piden a voz en grito la venida de un nuevo Omar. Singularmente, en las obras de arte, en la novela, en el drama y más, en especial, en las artes gráficas, habría mucho que retirar y encomendar al fuego. Pero, aun aquí, no faltan ideas generosas, inevitables en una sociedad tantas veces regada con el agua purificadora de la moral cristiana. Si no reconocemos a veces esas cualidades es porque hacemos juicios de conjunto más bien que de detalle.

Alguno habrá, pero no sé que formen considerable número de libros en que se defiende sistemáticamente la moralidad de la blasfemia o de la injuria, las virtudes del lupanar o de la taberna y los derechos del trabuco o de la navaja de Albacete.

Quiero decir con todo esto que hay una Ética fundamental y viviente con la que no rezan las fatídicas palabras de crisis o de ruina, y que hay en el terreno de la moral armonías profundas, algo de ese hermoso ideal de felicidad por el que suspiran y luchan todos los grandes espíritus que dios envía el mundo para servir después a sus hermanos que, ciegos y obsesionados por no sé qué idolillos, se matan unos a otros, como si el Divino Maestro no nos hubiera mandado amar a los enemigos tanto como a los amigos.

Se darán casos aislados de profunda degradación moral, habrá épocas en la historia y habrá colectividades o grupos determinados en que por diversos factores sociológicos (entre los que no son los de menor importancia los de la naturaleza física), la conciencia moral aparezca como eclipsada y enervada; pero la tristeza, el malestar y las angustias misteriosas que se experimentan en esos estados; el ambiente de inquietud y recelo que se va formando; los gritos de indignación y de alarma de los que en el desorden son oprimidos caldeada de odios, rencores y pasiones, ¿qué son sino gritos de la conciencia moral, que reacciona por sí misma contra el estado a que la llevaron yerros o equivocaciones de otras ciencias o disciplinas?

En donde caben ciertamente y existen de hecho esas alternativas de crisis, de decadencias o progresos estruendosos (más aparentes que reales, como el tiempo se encarga de demostrar) en esa otra Ética sistemática o artificial, producto de la razón, nacida en las escuelas al calor de las discusiones y sujeta a las vicisitudes de las ciencias, de las que se pretende deducir sus fundamentos o principios.

Y es que en ese afán impaciente de hallar toda la verdad y someterla a la unidad, se pretende sistematizar y someter a la razón lo que, tal vez, no pueda serlo, lo que es en su principio



independiente de ella, aunque ella sea la llamada a ejercer el papel de reguladora.

Esta Ética sistemática o científica ha causado más perjuicios que beneficios a la Ética verdaderamente substancial y práctica. Con sus teorías encontradas (si bien idénticas en el fondo o en las últimas resoluciones prácticas) sobre los fundamentos de la moralidad, con sus luchas de escuela de partido, con sus disputas sempiternas y sutiles, ha llevado muchas veces la vacilación y la duda a las conciencias.

Pero lo que más ha contribuido a la crisis de esta moral artificial, y, más o menos, a la crisis de la moralidad que hoy experimentamos, ha sido y aún es el afán de agregar a la Ética problemas que le son bastante ajenos o totalmente extraños, pretendiendo acaso salvar de este modo tan precario doctrinas que no pueden sostenerse por sí mismas y profesando así un kantismo a la inversa. Hay mucho en la ciencia moral que no le pertenece; le encomiendan problemas que no le incumben y la achacan dificultades que no son suyas. Así, por ejemplo, es muy frecuente identificar la Moral con el Derecho, con la Política, con la Economía y con la Religión.

Claro está que todas estas ciencias o disciplinas moralizan, puesto que se proponen enseñar lo que *debe ser*, lo que *debe hacerse*, pero no todo lo que ordena es propiamente moral. Según esto, la Lógica, la Pedagogía, todo arte que da reglas de bien obrar sería moral y tendría un lugar propio en la Ética. También es cierto que todas las ciencias se relacionan entre sí y algunas se enlazan con vínculos muy estrechos, pero es preciso mantenerlas enlazadas sin confundirlas.

Y no digo todo esto para que menospreciemos esta Ética científica, por provisional y contradictoria que aparezca, sino para que no nos aferremos tanto a determinados sistemas, a determinadas teorías y conclusiones éticas, creyéndonlas inmejorables y definitivas, comprensoras de toda la verdad moral, y no nos alarmemos tanto ante las extravagancias y desvaríos de algunos filósofos moralistas. Que si, al fin y al cabo, esas doctrinas son sinceras, son algo no despreciable que viene directamente del alma humana; alientos suyos, modos de su vida en los momentos de lucha titánica por descubrir la verdad, y si no son soluciones terminantes, serán trozos de verdad, dificultades vivas, aspiraciones hondas, que nos pueden ayudar mucho en la difícil empresa del descubrimiento de la verdad moral, de las verdaderas leyes de la vida.

Lo que se impone al llegar aquí y antes de entrar de lleno en la materia tan abundante como enmarañada de este *Boletín* es ver de señalar, con la mayor precisión que nos sea posible, los problemas fundamentales de la Ética, distinguiéndolos bien unos de otros y separándolos del aparato científico, que, como dijimos antes, impide más que ayuda a la visión clara de la Ética en lo que tiene de fundamental.

Este deslinde general de cuestiones, antes de emprender nuestro viaje a través de los libros, nos servirán para apreciar en sus grandes líneas las tendencias dominantes de la Ética contemporánea.



II

Los problemas de la Ética

A tres pueden reducirse las cuestiones que constituyen el fondo de toda la Ética, y en torno a las cuales vienen girando todas las discusiones filosófico-morales desde que Sócrates, queriendo acabar con la anarquía moral ocasionada por los sofistas, trató de arrancar aquella ciencia de la funesta tutela de los dioses helénicos para fundarla y reedificarla sobre la razón.

¿En qué consiste el bien moral? ¿Cuál es la facultad o el medio en que hemos de conocer y apreciar el bien moral? ¿Qué condiciones interiores y exteriores se necesitan para realizar el bien moral?

He aquí las tres preguntas que implícita o explícitamente se hacen a sí mismos todos los hombres, cuya vida toda entera, sin perder un solo acto ni un solo momento, se emplea en dar alcance a esa mágica felicidad con que todos soñamos.

Estas tres interrogaciones, que resumen y explican toda la vida, son las que intentaron contestar y explicar todos los grandes pensadores de las cosas humanas, no tanto para satisfacer la curiosidad de sus contemporáneos, cuanto para satisfacer sus propios anhelos y calmar sus propias y vivaces inquietudes.

¿Qué es el bien moral? ¿Cuál es el fin que suspiran todos los hombres? ¿En qué consiste la felicidad?

A poco que se reflexione sobre estas preguntas y, sobre todo, al darnos cuenta del secreto y misterioso alborozo que inunda todo nuestro ser ante la seductora perspectiva de una posible resolución satisfactoria, podremos ya entrever que aquí tiene que estar la clave de toda la moral, el problema más urgente a resolver, la quintaesencia de la Ética. Y notaremos además que la cuestión se plantea ella misma en términos llanos, sencillos (los mismos que brotan de todos los labios) y en un terreno suave, muy cercano a nosotros y accesible a todo el mundo. No se nos presenta en terreno lejano o en región altísima que se pierde de vista y a la que no se llega sin grandes esfuerzos de abstracción o sin gran acompañamiento de apartados científicos que no están al alcance de todos.

Ninguna cuestión previa, ningún principio general traído de otras ciencias es necesario dilucidar y establecer de antemano para fijar el problema moral en toda su interesante amplitud, para señalar a grandes trazos sus límites y ver los elementos con que hemos de contar para ahondar en él y descubrir en su fondo el tesoro de la felicidad y la fórmula del bien y de la virtud. Se trata, pues, ahora exclusivamente de encontrar la esencia moral, el objeto de la dicha, la materia de luz, abstrayendo por un momento del modo de cerciorarnos de ella, criticar su valor y determinar los procedimientos y medios que hemos de emplear para utilizarlo en la vida práctica.

Con sólo fijarnos en la definición (por vulgar no menos profunda) que del bien en general nos da Aristóteles diciendo que es ‘aquello que apetecen todas las cosas’, tenemos ya contraída la cuestión al terreno de la experiencia, y reducido nuestro trabajo al análisis intenso de todas nuestras facultades apetitivas.

Se impone, por lo tanto, un reconocimiento, una crítica precisa de todas aquellas tendencias que llevan al hombre a salir fuera de sí, a buscar algo que no tiene, algo que necesita a todo trance para su complemento y perfección. Y, desde luego, ocurre preguntar: ¿es bien moral todo lo que el



hombre apetece? ¿Son buenos y legítimos todos los apetitos? O, por contrario, ¿hay bienes fuera del hombre que de *hecho* no apetece y *debe* apetecer?

En el primer caso tendríamos la negación de toda moral, el *inmoralismo* de Nietzsche o la moral de la vida intensa⁴; en el segundo es como aparece la necesidad de una moral normativa y restrictiva.

Aún fundándose en la definición, ya más concreta y detallada, de Santo Tomás, en la que se introduce un nuevo e importantísimo elemento ético, cual es el de la perfectibilidad, tropezamos con las mismas dificultades. “La razón de bien –dice Santo Tomás- consiste en que una cosa sea perfectiva de otra por *modum finis*⁵. Pero ¿en qué consiste la perfección? Perfeccionarse, ¿es satisfacer todas o algunas de las necesidades humanas? Además, así como hemos dicho que pudiera haber bienes que no se apetecen debiendo apetecerse, así también pudiera ocurrir que hubiera necesidades ficticias o ilusorias que, por no tener objeto, convenga desvanecer y aniquilar, descubriendo su artificio y librando a la Ética de luchas con imposibles.

El dinamismo de la vida, las exigencias del vivir individual y social van dando poco a poco una solución práctica oportunista a todas estas dificultades. Cada individuo, cada colectividad, adaptándose al medio en que viven y desarrollan sus actividades, eligen sus ideales, sus aspiraciones y sus fines, y en relación con ellos y al compás de sus variaciones, modifican, jerarquizan y seleccionan sus necesidades de modo que resulte la mayor felicidad posible.

Los dos sistemas fundamentales que vienen disputándose la solución del gran problema ético, del problema de la felicidad en todo el transcurso de la historia de la filosofía moral desde Sócrates hasta nuestros días, son el *idealismo* y el *positivismo*, el *deontologismo* y el *eudemonismo*.

Los nombres de *Zenón* el estoico, *Séneca*, *Epicteto*, *Marco Aurelio*, *Kant* y sus numerosos discípulos, entre los que deben mencionarse hoy los redactores de la *Revue de Métaphysique et de Morale*, recordando las líneas generales de la filosofía idealista y los nombres de *Epicuro*, *Lucrecia*, *Locke*, *Bentham*, *Suart Mill*, *Spencer*, *Lévy-Bruhl* y *Durkeim*, trayendo a la memoria las consecuencias prácticas que se derivan de la filosofía materialista y sensualista en todos los tiempos, nos relevan de la inútil tarea de exponer detenidamente su doctrina en orden a la resolución del problema de la felicidad o del bien moral.

Para el *eudemonismo* la felicidad consiste, como es sabido, en la satisfacción de las necesidades experimentales y positivas, negándose a reconocer como legítimas las necesidades y las tendencias superiores del espíritu que califica de ilusorias. Su gran escollo es la dificultad en que se encuentra para deducir el *altruismo* del *egoísmo* y lo apurado que se ve para deducir y formular leyes generales entre el cúmulo inmenso de hechos históricos y psico-sociológicos, a cuya observación no puede renunciar sin abdicar de su método y acudir a la odiada metafísica. Porque, si algún derecho conceden estos señores a la metafísica para intervenir en la moral es sólo de un modo secundario y relativo.

“Tiene derecho –dice *M. Belot*⁶ - a hacer metafísica y hasta a hacer religión el que experimenta la necesidad del ideal masculino sentimental o religioso; pero jamás ni la religión ni la metafísica entran como partes integrantes y esenciales de la moral en sí misma.

Para el *idealismo* o el *deontologismo* racionalista el único valor moral es la Razón, la única necesidad moral la misma Razón, el único fin del hombre y la realización desinteresada del Ideal

⁴ Vid. Fouillée: *Nietzsche et l'inmoralisme*, deuxième édition. Alcán, 1902.

⁵ *De veritate*, q.3. art. 2.; 1^a, 2^a. q. 27, art. 1.

⁶ “*Enquête d'une morale positives*, Artículo en la *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1909, pág. 44 ; y *Bulletin de la Société de Philosophie*, Mars 1908.



que aparece en el ápice de la propia razón, siendo todo lo demás, todas las restantes necesidades y aspiraciones de la vida algo *moral* o *inmoral*, verdaderas heteronimias.

Sólo una cita para muestra:

“Pour nous l’Être universel n’est plus une existence, mais une Idée, et cette Idée c’est l’Idée morale. Il n’y a, il ne peut y avoir qu’une nécessité fondamentale, c’est que la justice se réalise ; et les êtres n’ont d’existence que pour la réaliser en eux-mêmes s’ils sont raisonnables, que pour rendre la vie possible aux êtres raisonnables, si eux-mêmes ne le sont pas ; de sorte que tout en ce monde tend et travaille à la réalisation de la justice, et les autres avec leurs mouvements dans l’espace, et les vents, et les flots, et les plantes, et les animaux, et l’homme. Les méchants mêmes y tendent à leur manière ; car leur méchanceté est une condition en même temps qu’une conséquence de l’unité universelle en la quelle consiste l’idéalité de la nature »... « La fin de tout c’est la Raison, le suprême desirable c’est la pure et parfaite rationalité. Devant nous autre réponse nous reprendrons et maintiendrons l’accusation d’hétéronomie. Sans doute dans la vie sociale et morale ce n’est pas l’absolue rationalité que nous voulons immédiatement. Nous voulons des choses et des phénomènes, mais nous les voulons comme moyens, non comme fins ultimes ; autrement l’évolutions sociale serait arrêtée du moment au nous les aurions obtenus. Nous les voulons donc pour autre chose, que nous voulons de même pour autre chose encôre, et ainsi de suite indéfiniment ; et ce que nous voulons d’une manière définitive est un idéal inaccessible, c’est-à-dire non plus une chose mais une Idée pure... Cette Idée, cette Fin suprême, est ce que la Raison commande. Si l’on tient à l’autonomie de la Raison, il faudra convenir que cette fin, c’est la Raison elle-même »⁷.

Entre estos dos extremos, a todas luces viciosos (aunque el vicio y la divergencia creo que está más en la forma que en el fondo), flota una escuela intermedia, a la que indudablemente está reservado el porvenir. Los positivistas la han acusado de idealista y vana, de menospreciadora de la vida real y conculcadora de los derechos de la naturaleza; los idealistas la han tachado de doctrinaria, de casuística y de vergonzosamente materialista. El casuismo y el positivismo de los que, como *Ockam* y *Puffendorf*, hacen consistir la moralidad en la voluntad de Dios, arrastra fuertemente al idealismo absoluto, como el relativismo de *Heráclito* empujó al divino *Platón* a excogitar su sistema de las ideas arquetipos y separadas. La verdadera tradición socrática que pasa por *Aristóteles* y recoge *Santo Tomás* para detenerla en su escuela es la que encierra, bien entendida, la verdadera y única solución. Apoya y robustece esta formación la reacción vigorosa que se nota e nuestros días hacia aquellos grandes maestros de la filosofía griega. Y sabido es que el retorno a *Aristóteles* implica una vuelta a *Santo Tomás*, por ser él el discípulo más fiel y concienzudo del filósofo de *Estagira*.

“En Inglaterra y en los Estados Unidos y en Austria (escribía en Mayo de 1909 *Eloy Luis André*, el traductor español de algunas de las obras de *Höfding*) tiene la filosofía representantes que en *Ética* vuelven sus ojos a *Sócrates*, como en *Psicología* general a *Aristóteles*⁸.

Las traducciones y los comentarios de la *Ética* y de la *Política* de *Aristóteles* se suceden con frecuencia en todas las naciones cultas, como si se tratase de obras escritas en nuestros días por los grandes maestros de la filosofía contemporánea⁹.

⁷ Ch. Dunan: “La Morale Positive”, en la *Revue de Met. Et de Mor.* Janvier 1910, págs. 69, 71 y 72.

⁸ “Haraldo Höfding”, artículo publicado en *Nuestro Tiempo*, Mayo 1909.

⁹ “Quelques remarques sur l’Ethique à Nicomaque”, por A. A. Sasson en la *Revue de Mét. Et de Mor.* Janvier 1910.



Todo induce a creer que se avecina una gran reacción moral y religiosa a favor del catolicismo, para la que todos debemos prepararnos, abriendo nuestros brazos generosos a los que largo tiempo peregrinaron extraviados lejos de nosotros, algunas veces por no entendernos, y alguna vez también porque algunos no cumplimos para atraerles aquel precepto moral que Jesucristo nos dejó como nota característica de sus verdaderos discípulos: *diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos*.

Y, realmente, para aprender a amar a los enemigos, sin dejar por eso de aborrecer el error, ningún maestro como Santo Tomás, cuya santidad amorosa, cuya paz y serenidad en el discutir resplandece en todos sus escritos, y cuya doctrina de suyo propende a un hermoso y profundo armonismo que hinche el alma de esperanzas al mismo tiempo que abre nuevos y dilatados horizontes a la libre investigación.

*
* *

El segundo problema de la Ética, o sea el que tiene por objeto señalar el *criterio moral*, parece a primera vista confundirse con el anterior, relativo a la constitución objetiva de la moralidad, a la determinación del bien y del mal una vez conocido el fin propio de la vida y de las acciones humanas.

Porque en tanto afirmamos la moral y proclamamos la bondad de tales acciones determinadas y formulamos las reglas del vivir honesto en cuanto conocemos de algún modo todas estas cosas. Ningún sistema ético, por positivista y experimentalista que él se afirme, pretende levantar el edificio de la moral a espaldas de la razón de un modo furtivo y anticientífico.

Por otra parte, parece natural que la facultad o facultades que han de disfrutar principalmente del fin o de la felicidad, tengan ellas propio criterio de la moralidad.

Si suponemos ya bien cimentada la moralidad sobre la base del conocimiento de las necesidades humanas y del objeto y objetos que han de satisfacerlas, ¿a qué viene su crítica, su nueva revisión o rectificación? ¿Es que suponemos que este primer trabajo de construcción moral lo llevamos siempre a cabo de una manera precipitada y ciega, sin darnos cuenta de las razones en virtud de las cuales afirmamos el fin humano, la bondad, la felicidad? ¿Es que nos suponemos en ese primer momento de nuestra labor guiados únicamente por las ideas vulgares que recibimos con fe, o por un impulso instintivo de la conciencia en la que convergen y se funden en un haz apretado todas las aspiraciones de la razón, de la voluntad, de los sentimientos y hasta de los sentidos, que convenga después someter al análisis y a una fría disección? ¿Es que suponemos con *Vinet*¹⁰ que el fin de esta primera parte de la Ética es o como el de la educación, dar al hombre el *prejuicio del bien*?

Yo creo que siendo muy posible y muy legítima en todo momento una crítica de la razón pura, una crítica reflejo del conocimiento especulativo, lo es mucho más una crítica rigurosa de la razón práctica en la que entran tantos y tan heterogéneos elementos, aunque no siempre haya necesidad de hacer de ella capítulo o cuestión aparte.

Aquí, en moral, pueden plantear esta cuestión del criterio como distinta de la anterior, con perfectísimo derecho, tanto el *idealismo* como el *positivismo*. Aun suponiendo con el primero de estos sistemas el absurdo enorme de que la razón es activa, que ella crea, por decirlo así, la verdad,

¹⁰ Vid. Guyau: *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, dixième édit. Alcán, 1909. Préface.



las categorías de los conocimientos, es indudable que la *verdad moral*, que la *moralidad*, que en cierto modo nos viene de afuera, de imposiciones y exigencias de la vida, nos sugiere vivamente el problema de hallar en alguna de esas categorías, de esas ideas arquetipos y *a priori* la razón última de la moralidad.

Pero en donde es de todo punto necesario el planteamiento de este problema es en toda escuela, en todos sistema en que se sostenga que la razón humana no es *activa* o *factiva* de la verdad, sino que es potencia meramente *pasiva* y *receptora* de la misma.

Porque no siendo ella en este concepto otra cosa que un espejo en el que tan sólo se refleja y se ve lo que se coloca delante de él, llega también el caso de saber y determinar en qué puntos, en qué objetos del mundo moral ha de fijarse constantemente la razón para adquirir y mantener firmes y vivas las ideas de bien y de mal.

¿Hemos de fijarnos tan sólo para razonar y asegurar la moral, en la razón misma, en sus principios, en sus leyes subjetivas? ¿Hemos de fijarnos en lo que se llama *evidencia objetiva* de la *verdad moral*? Pero esa evidencia objetiva ¿no nace de la mayor o menor extensión que se de al campo de nuestra observaciones, al número y calidad de los materiales que alleguemos para construir la verdad y darle forma?

¿Hemos de atenernos tan sólo, para cerciorarnos del bien moral, a lo que expresen los seres superiores en las leyes *positivas*, como sostenía la escuela de *Puffendorf*? ¿Hemos de atender a los esfuerzos colectivos de todos los hombres en la indagación de la verdad, fundidos en lo que se llama *consentimiento común*? ¿Hemos de fijarnos en la evolución histórica, en la fuerza de la costumbre, en las leyes psico-sociológicas? ¿Hemos de fijarnos las necesidades físicas, o de los sentidos, en la utilidad individual o social? ¿Hemos de seguir las delicadas inspiraciones de los sentimientos, de la simpatía, del amor, de la belleza?

He aquí indicados todos los sistemas éticos que viven en el día y que vamos a presentar en una forma empírica, dando cuenta de las obras de *Ética* recientes, como pide esta sección informativa de *La Ciencia Tomista*. Empezaremos colocando en la mesa de disección la obra de Guyau: *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*.

(Continuará)